

UN FUTURO GLOBAL

Antolín Sánchez Presedo, eurodiputado

Club Internacional de Prensa. Santiago, 17 de abril de 2008

Buenas tardes. Quisiera en primer lugar agradecer al Club Internacional de Prensa y a su directora, Carmen Carballo, la invitación para participar en esta tribuna y su amable bienvenida y al Secretario Xeral de Comunicación, Fernando Salgado, la delicadeza de su presencia y sus afectuosas palabras de presentación. Queda claro que en la política hay lugar para los sentimientos y la amistad recíproca después de haber trabajado juntos durante años. Hillary Clinton en su pugna con Obama para obtener la nominación como candidata presidencial en las primarias demócratas ha dicho que aunque las campañas se hacen con poesía, después se gobierna en prosa, una expresión que ya figuraba en el discurso de toma de posesión de Michelle Bachelet como presidenta de Chile. Creo que la buena política se hace con letras y también con ciencias, usando la imaginación y la calculadora. Un maestro de esta combinación es Fernando Salgado, aprecio y admiro su trayectoria periodística y su desempeño en las diferentes responsabilidades políticas que ha venido teniendo a su cargo. Muchas gracias pues, y a todos por su presencia.

Si algo podemos saber con certeza sobre el futuro es que será global. La tendencia de que somos crecientemente interdependientes es irreversible; nadie puede plantearse vivir en una burbuja. El pensamiento clásico de que nada humano nos es ajeno, además de un fundamento moral, ha llegado a ser una realidad. Nuestro futuro va a depender del destino de los demás, eso es lo que significa vivir en un mundo globalizado.

Aunque los seres humanos siempre han sido capaces de lo más sublime y lo más abyecto, el siglo XX fue denominado por E. HOBSBAWM con razón como “*La Edad de los Extremos*”. Esta centuria ha sido el período de la historia en que las mayores catástrofes

humanitarias se han combinado con avances sin precedentes en la actividad económica y en los campos de la ciencia y la técnica. La huella ecológica y los desequilibrios sociales se han intensificado alarmantemente. Durante estos años la humanidad ha multiplicado exponencialmente sus capacidades de transformar y destruir. Ha conseguido explorar el espacio exterior y situar un hombre en la luna pero no ha evitado que 11 millones de niños mueran cada año de enfermedades curables, 114 millones no tengan educación primaria, 1 de cada 4 personas no tenga acceso al agua potable y 584 millones de mujeres sigan siendo analfabetas.

Disponer de un proyecto global será vital para aprovechar las oportunidades y evitar los riesgos. Tendrá que ser esperanzador, es decir, crear ese estado estimulante en que lo deseable se presenta como posible. Así evitará la peligrosa enfermedad del que ha perdido toda esperanza, la desesperación. Además, por puro pragmatismo, las profecías que son creíbles y atractivas tienden a autocumplirse porque se actúa de acuerdo con ellas.

La evolución de Europa ofrece razones para la esperanza. Pese a haber sido el teatro principal de un siglo marcado por dos guerras consecutivas aunque de distinta naturaleza, la Guerra de los 30 años –que es como algunos denominan al período que comprende la Primera y Segunda Guerra Mundial– y la Guerra Fría –que tras más de 40 culminó con la caída del muro de Berlín– fue capaz, en medio de ese clima bélico, de comenzar un proyecto que ofreciera un nuevo curso a su historia. El proceso de construcción europea ha crecido desde entonces en profundidad, tamaño y calidad. Tras haber cumplido 50 años une a 27 Estados y a 500 millones de ciudadanos.

El éxito sitúa a la Unión Europea en la doble condición de modelo y actor. La experiencia de Galicia me servirá para subrayar su importancia como modelo. La problemática derivada de la globalización económica y financiera y los fenómenos de la emigración y del envejecimiento para reclamar su papel como actor. Pero la acción democrática sólo puede basarse en la inteligencia y la voluntad de los ciudadanos, mi objetivo es mover la conciencia de mis paisanos hacia la convicción de que sólo podremos dar solución a

nuestros problemas y corregir el actual déficit de gobernanza mundial si lo hacemos desde una perspectiva global, en definitiva, si nos comprometemos con una estrategia hacia una sociedad global.

Europa es una buena fuente de inspiración. Cuando en la década de los sesenta emigraban a las democracias europeas más gallegos de los que nacían, iban como emigrantes en busca de trabajo, mientras los europeos venían a España como turistas para disfrutar de vacaciones. En aquellos años aspirábamos a la libertad, prosperidad y justicia social que disfrutaban los europeos y comenzamos a desear ser como ellos. La integración europea ha permitido reforzar estas señas de identidad que se sintetizan en lo que se denomina "Modelo Social europeo".

La Unión Europea es un ejemplo de convivencia en paz y libertad. La demostración de que se puede rectificar el curso de la historia. La democracia y los derechos humanos son parte del ADN comunitario, necesario para formar parte de la familia europea. La democracia y los derechos humanos no son valores exclusivos europeos ni occidentales sino universales, la UE los exige como condición para la adhesión y además los apoya en todo el mundo porque no sólo los considera esenciales para nuestro estilo de vida, sino para preservar la condición humana y el futuro de la humanidad.

No existe en el ámbito internacional un ejercicio tan intenso y prolongado de solidaridad como el de la Unión Europea. Los gallegos lo sabemos bien porque hemos recibido ya fondos comunitarios por un importe nominal superior al de todo el Plan Marshall para la reconstrucción europea tras la Segunda Guerra Mundial. En el período de perspectivas financieras 2007-2013 Galicia percibirá 5.674 millones de euros que, unidos a la cofinanciación estatal y autonómica, supondrán inversiones por valor de 3.000 euros per capita y aportarán cada año algo más del 2% del PIB a nuestra comunidad. La UE ha sido magnánima al aceptar no extender la base de cálculo para el presente período más allá de 2002, lo cual nos ha permitido seguir disponiendo de fondos como región objetivo convergencia hasta 2013 pese a sobrepasar en 2004 el 75% de la renta comunitaria.

La generosidad europea está siendo correspondida por los gallegos. Con europeísmo, como lo demuestra el referéndum a favor del Tratado Constitucional, y con resultados que alcanzan sus mejores cotas en los últimos 3 años. Desde la integración en Europa, nuestra comunidad ha multiplicado por más de cinco su PIB y su distancia con la riqueza per capita europea se ha reducido al pasar del 59% al 89%; además, desde 2005 converge aceleradamente con España y su renta per capita es el 84,6% de la estatal. La renta per capita gallega es de 19.800 euros (28.500 dólares), más de diez veces la de India, siete la de Marruecos, seis la de Cuba, cinco la de Egipto o China, dos veces y media la de Uruguay y el doble de Argentina o Venezuela. Hace ya una generación que Galicia ha dejado de ser tierra de emigrantes. En el futuro pasaremos de recibir a aportar.

La Unión Europea ha hecho que las fronteras no sean ya barreras para las relaciones entre vecinos sino meras demarcaciones en los mapas administrativos. El reencuentro entre Galicia y el Norte de Portugal en el seno de una euro-región cuya población con 6,4 millones de habitantes es el mejor ejemplo. La Xunta de Galicia y las autoridades del Norte de Portugal han promovido la creación de una Agrupación Europea de Cooperación Territorial como una herramienta institucional de cooperación avanzada.

La Unión Europea no resta, sino que añade poder a sus miembros. Ha enseñado que el ejercicio de la soberanía en democracias avanzadas no consiste ya en atrincherar ejércitos al borde de las fronteras, sino en sentarse juntos alrededor de una mesa; en definitiva, que la cuestión de nuestro tiempo es la codeterminación y no la autodeterminación. Democracia es codeterminación. Las instituciones de autogobierno gallego han dejado de estar ausentes en la vida comunitaria; nuestros Conselleiros han participado ya en Consejos de la Unión Europea. La reforma de Lisboa contempla la asociación de los parlamentos nacionales, que en el ámbito interno debe extenderse a los autonómicos en aquellos ámbitos de su responsabilidad, al control de los principios de subsidiariedad y proporcionalidad de las iniciativas de la Comisión. La Unión Europea va a hacerse visible en Galicia, Vigo será la sede de la Agencia Comunitaria de Control de Pesca que será una organización de referencia mundial en la materia.

El valor de la diversidad está en la raíz misma del proyecto europeo y se manifiesta en el ámbito lingüístico. La Unión cuenta con 23 lenguas oficiales que se escriben en 3 alfabetos con caracteres diferentes y, pese a ello, está abierta a acoger el uso de otras lenguas, como el gallego. El Consejo, la Comisión y el Comité de las Regiones han firmado acuerdos con las autoridades españolas para que los ciudadanos puedan utilizarlo en sus relaciones con las instituciones comunitarias, que las disposiciones obligatorias se publiquen en nuestra lengua y que pueda ser utilizada en las intervenciones de sus miembros. También el Parlamento Europeo, pese a las iniciales resistencias conservadoras, ha avanzado en esta dirección.

Mi generación ha sido testigo y protagonista de grandes cambios. Hemos visto países que han avanzado y otros que han retrocedido, ninguna ley histórica garantiza la estabilidad ni el progreso constante. Venimos de una Galicia sometida, atrasada y aislada a la que no queremos regresar. El camino del futuro debe ser distinto. Europa durante muchos años fue una meta, después de habernos incorporado y haber alcanzado una fase avanzada de convergencia comienza a ser un punto de partida, una plataforma de ciudadanos que quieren progresar juntos y para ello necesitan una perspectiva más amplia, participar en un proyecto global. Los riesgos de un mundo dividido son cada vez más insostenibles, en la nueva escena global se avanzará o retrocederá conjuntamente.

A finales del pasado año, el Secretario General de las Naciones Unidas Ban Ki-Moon publicó un artículo en "The Washington Post" con motivo de la cumbre de Bali en el que decía que el siglo pasado había sido testigo de tres grandes transformaciones: *"La primera fue la Revolución Industrial, la siguió la revolución tecnológica y a continuación nuestra moderna era de la globalización. Ahora estamos en el umbral de otro gran cambio: la edad de la economía verde"*.

Sería un error considerar que cada una de estas transformaciones supone el fin de la anterior, todas son acumulativas. Los cambios económicos y tecnológicos continúan, la globalización se acelera y la necesidad de una orientación sostenible se hace más intensa.

La globalización es hija de la revolución industrial y tecnológica así como de la liberalización comercial. La reducción de los tiempos y costes de transporte (sólo en los últimos 30 años el coste del transporte marítimo se redujo una cuarta parte y el aéreo a la mitad), del tratamiento y comunicación masivo de información (por contraposición a la descripción que J.H. ELLIOT hizo de la época del imperio español en que “*una carta y su respuesta podrían llegar a tardar dos años de viaje desde Madrid hasta Lima y a la inversa*”) y la liberalización comercial han impulsado un nuevo diseño de la cadena de valor de las empresas y han favorecido la entrada de nuevos países en los mercados comerciales internacionales.

Los efectos de la globalización han sido positivos sobre el crecimiento, el empleo y la creación de riqueza mundial. La reestructuración de los procesos productivos y el aumento de la competencia han mejorado la eficiencia y la innovación de las empresas. También se ha aumentado la renta disponible de las familias y disminuido la inflación en los productos importados no petroleros, según los técnicos del Fondo Monetario Internacional (FMI) en un cuarto de punto anual en las economías avanzadas y medio punto en los Estados Unidos. La capacidad productiva excedentaria está disminuyendo en todo el mundo.

Wal-Mart, la mayor cadena minorista del mundo, absorbe el 11% del total de las exportaciones chinas a los Estados Unidos y según la AFL-CIO (*American Federation of Labor- Congress of Industrial Organizations*) ha significado la pérdida de 200.000 puestos de trabajo. Aunque también han nacido trabajos de la eficiencia y de las mayores rentas disponibles, existe un fenómeno que algunos han denominado “fatiga de la globalización”.

La aceleración de la globalización ha provocado el paso de la globalización unidireccional a una globalización bidireccional. En la primera, la iniciativa correspondió a las economías avanzadas, en la segunda, los países emergentes acuden con vigor a los mercados de energía, alimentos y materias primas mientras que sus empresas compiten en los mercados globales.

Los precios de la energía han subido. Las tensiones entre la oferta y demanda han permitido a la OPEP ejercer un poder de mercado desde 1999, cuando tras la crisis financiera asiática de 1997/1998 decidió cortar la producción y sus miembros –a diferencia de otras ocasiones- fueron capaces de hacerlo. Los precios del petróleo estaban entonces a diez dólares barril, hoy batan records por encima de los cien. En algo tiene que ver la ineficiencia energética del primer consumidor de energía, el Presidente Bush reconoció en 2006 que América era adicta al petróleo (“America is addicted to oil”) y el Congreso norteamericano no adoptó estándares de eficiencia energética para nuevos turismos y camiones ligeros hasta el pasado año. En África menos del 40% de la población tiene electricidad. El actual modelo energético es insostenible.

Desde el inicio de la nueva centuria los precios alimenticios han subido más del 75%. Su alza reciente tiene tres orígenes: las condiciones climáticas que han afectado a las producciones, el impacto de los biocombustibles y la mejora de la dieta por el aumento del nivel de vida. El Programa Alimentario Mundial de la ONU que alimenta a 73 millones de personas, el 10% de los mal nutridos del mundo, ha aumentado su coste un 40%. La escalada de precios está provocando tensiones sociales en numerosos países en desarrollo como Haití, Egipto, Filipinas y en el Africa Subsahariana. La seguridad alimentaria entra en colisión con la seguridad energética. La revisión de la PAC puede realizarse en un entorno de déficit mundial de producciones y, por ejemplo, la ampliación de cuotas de la leche puede no verse acompañado de una caída de precios a los productores.

El alza de los precios de las "commodities" comenzó alrededor del 2001. Para ilustrarnos de la profundidad de los cambios, pondremos el ejemplo del impacto del retorno de China al primer plano de la economía mundial. Según The Economist (15-21 de marzo 2008, página 13), su población, la quinta parte de la mundial, consume la mitad de la carne de cerdo y del cemento del mundo, un tercio de su acero y cerca de la cuarta parte del aluminio. Su gasto en importaciones de soja y petróleo se ha multiplicado por treinta y cinco desde 1999 y por veintitrés en cobre- de hecho, China absorbe cuatro quintos del

incremento en el suministro de cobre del mundo desde 2000. La Agencia Internacional de la Energía prevé que las importaciones chinas de petróleo se triplicarán para el 2030, cada semana China construye dos plantas de carbón.

Una nueva generación de empresas globales ha emergido de los países en desarrollo y está compitiendo ya a la par con los tradicionales occidentales.

La actividad económica mundial está adquiriendo una configuración multipolar. Las negociaciones comerciales ya no son un asunto que afecta solo a los países avanzados. Hace unos días se divulgó un estudio prospectivo que preveía que en 2025 China será la mayor economía del planeta por delante de los Estados Unidos y para 2050 los siete grandes mercados emergentes -los BRIC (Brasil, Rusia, India y China) más Méjico, Indonesia y Turquía a los que denomina E- superarán en un 50% la dimensión del G-7 – EEUU, Japón, Alemania, Reino Unido, Francia, Italia y Canadá– cuando ahora sólo representan el 25% de su PIB.

¿Qué hacer ante esta tendencia? Algunos reclaman el retorno al proteccionismo, una estrategia puramente reactiva que conducirá al declive económico, a la ineficiencia empresarial y a precios más caros para los consumidores. Una cosa es proteger a los trabajadores y otra bien diferente el proteccionismo. Los mayores crecimientos y, por consiguiente, las mayores oportunidades económicas estarán fuera de los países avanzados. En el ranking de crecimiento de los doscientos cinco países del mundo, España aparece en el puesto ciento treinta y cinco y las principales economías europeas en la última quinta parte. Renunciar a cooperar en el desarrollo mundial y a beneficiarnos legítima y equitativamente de este proceso irá contra nuestros propios intereses. Además si dejamos de estar presentes en el concierto internacional acabaremos siendo víctimas de su funcionamiento.

Hay por lo tanto dos grandes tareas que realizar: construir un nuevo marco económico multilateral y avanzar en una estrategia específicamente europea.

El mayor negocio del futuro será eliminar la pobreza pero no ocurrirá automáticamente, será necesario asegurar la estabilidad y establecer reglas de juego equitativas para resolver los conflictos e impedir que degeneren en rivalidades, el pórtico de las confrontaciones. El mundo necesita una cultura cooperativa como la que los europeos llevamos impulsando desde hace medio siglo. Los grandes países emergentes tienen también que sentarse a la mesa y asumir sus responsabilidades en el orden internacional. El “nuevo orden económico internacional” surgido de la segunda guerra mundial, basado en los acuerdos de Bretón Woods y el GATT, ha quedado desfasado y superado, debe actualizarse y abrirse a una agenda más comprensiva y ambiciosa. Hay que definir un nuevo marco global y multilateral, ¿será posible un día que exista un Consejo de Seguridad Económica en el seno de las Naciones Unidas?

Las ventajas de las economías de escala que durante muchos años ha proporcionado el mercado interior serán insuficientes en el futuro. Además de mejorar y ampliar nuestras bazas actuales, necesitaremos nuevas fuentes de competitividad. La estrategia de Lisboa señaló en el año 2000 un objetivo que sigue vigente, construir “la economía del conocimiento más competitiva y dinámica del mundo”. Sólo podremos triunfar si fomentamos el conocimiento y la innovación y si nos convertimos en un lugar más atractivo para invertir.

En todos los trabajos aumentará el nivel de conocimientos exigidos. Un estudio del CEDEFOP (Centro Europeo de Desarrollo de la Formación Profesional) considera que donde más caerá la demanda laboral en España será en agricultura y pesca (en ambos disminuirá a un ritmo del 8,4% al año) y los trabajos administrativos (al ritmo de 1,1%) mientras que aumentará la necesidad de personal militar y de técnicos.

Del triángulo investigación, desarrollo e innovación, la innovación es la clave porque es el objetivo de todos los demás. Es la gran asignatura del futuro de la Unión Europea. En la lista de las "50 Compañías más innovadoras" de FastCompany.com treinta y ocho son de USA, ocho de Asia y cuatro de Europa (Nokia, BMW, Tesco y Arup), ninguna española.

El valor decisivo del futuro será el talento. Es prioritario crear un espacio de conocimiento europeo impulsando la movilidad de los investigadores europeos. No podremos retener nuestros mejores talentos ni atraer a los que necesitamos si no les garantizamos que vivirán en un entorno libre y de calidad en el que puedan dar lo mejor de si mismos y en el que sus hijos puedan disponer de una educación cosmopolita.

Una cuestión clave para conseguirlo será la comunicación. Tendremos que abrir un nuevo capítulo en nuestro debate y pasar del bilingüismo al multilingüismo. En un informe redactado por un grupo de personalidades por encargo de la Comisión, el escritor AMIN MAALOUF propuso un multilingüismo basado en tres lenguas: la identitaria, la personal adoptiva y la lengua internacional de comunicación. Preservar nuestra identidad es compatible con entendernos con nuestros vecinos y poder hablar con el mundo. Los gallegos del futuro tendrán que ser políglotas.

La globalización financiera está planteando también nuevas cuestiones. Su caldo de cultivo ha sido la reducción de costes en la economía real, los avances en las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) y la disminución de los controles sobre los movimientos de capitales. La libertad en la circulación de capitales debía contribuir a asignar mejor los flujos de capital, a diversificar los riesgos y a promover la innovación. También a facilitar la transferencia de tecnología, a financiar la inversión productiva y a estimular el buen gobierno corporativo. En el ámbito macroeconómico, ha inducido una mayor disciplina de las políticas y una moderación de la volatilidad macroeconómica.

La importancia de la economía financiera es creciente. En 1980 sus activos eran algo superiores al PIB mundial, en 1990 el doble y en 2006 tres veces y media. En este último año, el valor total de los activos financieros del mundo ascendía a 167 billones de dólares mientras que el PIB mundial era de 48,3 billones. El ritmo de crecimiento de los activos financieros es superior al de la producción. Mientras que el valor nominal del PIB se incrementó casi cinco veces en este período, el de la economía financiera lo hizo casi catorce veces.

Estados Unidos y la Unión Europea tienen casi las dos terceras partes de los activos mundiales. Esta situación cambiará en los próximos años, como la tasa de ahorro en los mercados emergentes es alrededor del 30% del PIB, *"dentro de 15 años el 50% de la capitalización global será en mercados emergentes y la distribución de activos cambiará para reflejarlo"*.

Los gestores más importantes de activos financieros son los fondos de pensiones (13% del total), las mutuas (11,5%), las compañías de seguros (11%), los petrodólares (2-2,27%), bancos centrales asiáticos (1,8%), hedge funds o fondos alternativos (0,9%) y private equity o capital riesgo (0,42%).

Más de treinta países han establecido fondos soberanos desde los años 50, la mayoría en los últimos ocho años, con los recursos procedentes del petróleo y los superávits comerciales. Los más grandes pertenecen a China, Kuwait, Noruega, Arabia Saudí, Singapur y los Emiratos Árabes. La Comisión ha sugerido un código de conducta en orden a asegurar mayor transparencia, predecibilidad y control puesto que separar la gestión de la política debería ser central para cualquier acuerdo a nivel global. La reflexión ha llegado al Consejo. Puede plantearse la paradoja de que tras las privatizaciones de las "utilities" o servicios que se han venido realizando por los Estados miembros vuelvan al control público pero de Estados terceros. ¿Qué ocurriría si se tomaran posiciones en entidades financieras que llevaran a restringir el crédito para proyectos de energías renovables?

También en el Parlamento Europeo se está realizando un debate en torno a los hedge funds y las private equity, al objeto de que exista igualmente transparencia, buena gobernanza y una gestión compatible con los objetivos de la estrategia de Lisboa.

La desregulación de los mercados financieros ha posibilitado la aparición de nuevos actores y nuevos productos. La titulación es un elemento nuevo del sistema financiero global. No existía en los años 60, cuando había una regulación fuerte y definitiva del

sistema en el que los bancos jugaban un papel de intermediación prestando a familias y a empresas en un cuadro de balances transparentes. Con la titulación los bancos hacen salir los créditos de sus balances y no necesitan aumentar los fondos propios en la misma proporción. Estos mecanismos innovadores han permitido el desarrollo del crédito, pero al mismo tiempo generan una gran opacidad y falta de transparencia porque el riesgo circula en un nuevo ámbito financiero que, a diferencia del clásico bancario, no está balizado.

En un contexto prolongado de tipos extraordinariamente bajos, en respuesta a reducidos niveles de inflación, los bancos ceden sus créditos y, en ocasiones, los canalizan creando entidades asociadas pero desvinculadas de sus balances como los vehículos de inversión estructurada (SIV, "Special Investment Vehicle") y las sociedades instrumentales ("*conduits*"), y las financian al tiempo que emiten las obligaciones correspondientes. La liquidez aumenta extraordinariamente.

El sector de la vivienda estadounidense se ha visto espoleado por unos tipos históricamente bajos, el aumento de población y el fuerte crecimiento económico. PAUL KRUGMAN asegura que de 2002 a 2007 se extendió la creencia de que los precios crecían indefinidamente, que la innovación financiera había conseguido eliminar los riesgos y que un rating triple A bastaba para que una inversión fuese segura. Sin embargo, un incremento de precio que supere permanentemente el de las rentas es insostenible y concluirá en una depresión hasta situarse en precios asequibles.

La crisis de las hipotecas "subprime" se presenta cuando el mercado inmobiliario se torna bajista, en una economía estadounidense que presenta un triple desequilibrio económico (déficit público, déficit comercial y tasas de ahorro familiar negativas) y en un complejo entorno financiero. La crisis, aunque tiene su origen en el mercado inmobiliario estadounidense, se extiende internacionalmente: el riesgo se centrifuga a través del sistema financiero.

El contagio es mucho más grave e intenso de lo esperado. Dada la dificultad de evaluar

los riesgos de todo este proceso de titulación o securitización y su evolución en el futuro, se produce la falta de liquidez interbancaria que está en el comienzo de la crisis financiera. El crédito se contrae y las primas de riesgo aumentan ante la perspectiva de la recesión económica estadounidense y el aumento de las tasas de impago. Todo ello plantea riesgos sistémicos a todo el sistema financiero.

La incertidumbre es la característica de la actual crisis que rompe los límites precedentes. ALAN GREENSPAN la ha calificado como la más importante desde el fin de la segunda guerra mundial. No se trata ya de una tradicional crisis bancaria, cuyos contornos son fácilmente mensurables, sino de una crisis financiera más amplia –una pandemia- y difusa que además de a los bancos comerciales afecta a los de inversiones y a otros inversores, pero es difícil calcular quiénes y cuánto.

La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) cifró inicialmente entre 200 y 300 mil millones de dólares el coste de la crisis hipotecaria en Estados Unidos. Estimaciones posteriores lo situaban entre 285 y 400 mil millones de dólares, Goldman Sach dijo que rondaría 295 mil millones y según The Economist se situaban en 400.000 millones de dólares. El FMI las elevó recientemente a 1 billón. Para tener una referencia de su significado podemos tener en cuenta que las remesas anuales que los emigrantes de todo el mundo envían a sus países de origen son 300 mil dólares, la ayuda mundial al desarrollo es de 100 mil dólares y que el gasto militar global se calcula en torno a los 900 mil millones de dólares de los que casi el 55% pertenece a los Estados Unidos.

La contaminación financiera y las relaciones comerciales no hacen posible el "desacoplamiento" o independencia de la economía estadounidense para la UE y todo parece indicar que tampoco lo va a ser para los países emergentes que inicialmente no se habían visto afectados. La economía global funciona conforme a un sistema de vasos comunicantes.

Los bancos centrales, el tesoro, en definitiva, las autoridades públicas son quienes deben

restablecer la confianza. El mercado se autorregula mientras está en beneficios, pero cuando hay pérdidas y un banco pone en riesgo al sistema, el Estado debe salvarlo: los beneficios se privatizan y las pérdidas se socializan. Algunos han dicho que *"el capitalismo sin pérdidas es como la religión sin infierno"*. La red pública plantea el problema del "riesgo moral". El rescate del sistema no debe extenderse a los responsables. No se trata sólo de ayudar a las grandes firmas, sino también a las economías modestas que se encuentran en dificultades.

Existe un importante debate sobre las lecciones que deben extraerse de esta situación. En primer lugar, para prevenir crisis y también para tratarlas. Las recientes recomendaciones del Financial Stability Forum al G-7 contemplan ya un importante abanico de iniciativas. Se necesita un enfoque amplio que contemple la coordinación macroeconómica, establecer un marco regulatorio de carácter internacional y repensar la prevención y supervisión de los riesgos bancarios (entre ellas las normas de Basilea).

En todo caso, el hecho de que los problemas hayan desbordado a los actores financieros e incidido en el funcionamiento del mercado y en la economía general, deslegitima la pretensión de hacer de las finanzas un ámbito privado y autorregulado, un coto cerrado a la política. Tras la operación de salvamento de Bear Stearns, el quinto banco de inversión del mundo, pilotada por la Reserva Federal (FED), el comentarista del "Financial Times" MARTIN WOLF tituló su artículo: "El rescate de Bear Stearns marca el límite de la liberalización", lo comenzó diciendo *"recuerda el viernes 14 de marzo de 2008, fue el día en que el sueño de un capitalismo de libre mercado global murió"* y citó a continuación las declaraciones de JOSEF ACKERMANN, el jefe ejecutivo del Deutsche Bank: *"no creo ya en el poder autoregenerador de los mercados"*.

La movilidad del capital es relativamente reciente en términos históricos. La movilidad de la población es un fenómeno constante en la historia de la humanidad. La suma de los viajeros que cada año transportan las líneas aéreas es casi la mitad del número de habitantes de nuestro planeta. Cada año la UE registra trescientos millones de entradas y salidas por sus fronteras exteriores (sesenta de países que no requieren visado de entrada,

ochenta de países que lo requieren y el resto de sus propios ciudadanos). El fenómeno de la emigración es consecuencia de otro más amplio, el "éxodo rural" cuya manifestación más relevante es la urbanización; en 2006 la población urbana es mayoritaria en el mundo cuando a comienzos del siglo XX la proporción era de uno por cada 8 habitantes. Todo parece indicar que la tendencia a la concentración urbana va a continuar y a cristalizar en la formación de numerosas "megápolis" y a convivir con una emigración internacional que afecta al 3% de la población mundial.

Galicia es un pueblo marcado por la emigración, según un informe del BBVA más del 40% de la población gallega emigró en el siglo XX. No debemos perder la perspectiva de que en el exterior viven un millón y medio de españoles y que hace menos de una generación éramos todavía un país de emigrantes (en el quinquenio 1985-1990 el saldo fue de 100.000 emigrantes). Durante los últimos años España ha sido el principal destino de la inmigración en Europa, según algunas estimaciones es ya el país más multiétnico de la UE con un 9,9% de población extranjera. Los emigrantes han aportado la mitad de nuestro crecimiento en los últimos años, han adquirido la cuarta parte de las viviendas (un 15% de los emigrantes tienen casa propia) y han dinamizado nuestra economía, cotizando bastante más de lo que han recibido del sector público.

El debate debe salir del simplismo y la visceralidad, no puede consistir en estar a favor o en contra de la inmigración. Es chocante un mundo en el que pueden circular las mercancías y los capitales pero no las personas, excepto que sean ricas; pero también es cierto que la solución auténtica de los problemas de desarrollo está en el desarrollo endógeno, que no puede recaer sólo en el instrumento de la emigración y menos aún en una emigración dirigida por los intereses de las mafias o los explotadores sin escrúpulos.

Actividades como la agricultura y la pesca, la construcción o el cuidado de ancianos pueden detenerse sin emigrantes. El mercado para gente cualificada es cada vez más agresivo y global. Europa no puede promover una cultura de rechazo ni quedarse cruzada de brazos en contra de sus intereses. En la edad de la movilidad, las instituciones europeas tienen que ir más allá del control de la emigración y elaborar un enfoque

integrado que combine el control con la cooperación, la ayuda al desarrollo en los países de origen y medidas activas de integración de inmigrantes para evitar el riesgo de la división social.

Proseguir con la apertura de los mercados de los países avanzados a los intercambios agrarios puede contribuir a frenar el desarraigo de la población rural en busca de medios de subsistencia. El diseño de una "emigración circular" puede tener un papel muy importante en una estrategia de co-desarrollo, al igual que las transferencias de las remesas de los emigrantes a sus países de origen. Las remesas de los inmigrantes que trabajan en España a sus países de origen llegaron a 8.135 millones de euros en 2007, algo menos del 1% PIB, pero desde luego más que el 0,7% marcado como objetivo mundial para la ayuda al desarrollo y del 0,5% que nuestro país ha destinado en 2007 (por encima ya de Francia, Italia y el Reino Unido). España es el tercer país del mundo que transfiere más remesas a los países de origen de la emigración.

El envejecimiento responde a un éxito y a un problema. El éxito es el aumento de la esperanza de vida y el problema es la disminución de la natalidad. Desde principios de siglo pasado, la esperanza de vida, cuya media mundial era de 31 años y por debajo de 50 en los países avanzados, ha crecido aproximadamente un cuatrimestre cada año. Con las tendencias actuales se calcula que para 2050 en Europa habrá cuarenta y ocho millones de personas menos entre 15 y 64 años así como cincuenta y ocho millones más por encima de los 65; la ratio de personas en edad de trabajar por pasivo pasará de 4 por cada 1 en 2004 a 2 por cada 1. En Galicia hemos llegado antes, según datos del CESG (Consello Económico e Social de Galicia) nuestra población activa es algo inferior a un millón trescientas mil personas mientras que tenemos setecientos cincuenta mil pensionistas, nunca será suficientemente elogiada la importancia de la política social para nuestra comunidad. Durante las próximas décadas el gasto público en pensiones, salud y cuidados puede incrementarse entre cuatro y ocho puntos del PIB, por lo que habrá que ser austeros con las cuentas públicas y estimular el ahorro si no queremos trasladar a las futuras generaciones una carga fiscal excesiva y arrojarlas hacia áreas con fiscalidad más benigna. Las finanzas saneadas, incluyendo los superávits en los años de bonanza, son

progresistas y la competencia basada en la bajada populista de tipos de impuestos puede convertirse en una hipoteca pesada para nuestros mayores y para las futuras generaciones. Las buenas políticas serán las que vayan más allá de lo inmediato.

Galicia está muy cerca de lo que puede ser esta sociedad del futuro, quizás por eso podríamos hacer de la necesidad virtud y ser precursores en la promoción de iniciativas y respuestas a los problemas de la vejez. Los que hoy son jóvenes, envejecerán, el "baby boom" se acaba convirtiendo en "ageing boom", los bebés acaban siendo personas mayores; en China son conscientes de lo que se les viene encima cuando dicen "a diferencia de ustedes, nosotros llegaremos a ser viejos sin haber llegado a ser ricos".

Vuelvo, por lo tanto, al principio. Nunca el poder de crear y de destruir ha sido tan inmenso, en ese "futuro extremo" están en juego los propios equilibrios vitales e incluso la propia condición humana (FUKUYAMA habla del riesgo de que la biotecnología llegue a ser tan poderosa que la transforme y conduzca a una "sociedad posthumana", alerta de que el uso de antidepresivos por casi la cuarta parte de la población adulta occidental muestra cómo el estado de la propia psique se está convirtiendo en objeto corriente de actividad comercial).

Cuando el Club de Roma presentó su informe en los 60 sobre los límites del crecimiento, preconizaba una política de crecimiento cero. Era una propuesta peligrosa porque la experiencia histórica mostraba que en una economía de suma cero sólo se podía mejorar a costa de que los otros perdieran, la política del dominio y la guerra fue la tentación permanente.

Hoy confiamos en la libertad y la cooperación como bases de un futuro en el que la imaginación y el conocimiento proporcionen la tecnología e innovación que precisamos para conseguir políticas sostenibles que hagan posible crecer y progresar. Todas las políticas destinadas a afrontar los retos del futuro deberán responder a una lógica común y coherente. Hay que evitar tanto la tecnofobia como la tecnocracia; la técnica amplia capacidades en el ámbito de lo que se "puede" hacer pero no en el de lo que se "debe"

hacer. Es ambivalente e insuficiente, la política sigue siendo necesaria para defender el interés de la sociedad.

Si alguien puede hablar de globalización es Galicia, el destino de un camino milenario hasta el confín del viejo mundo y el primer punto que recibió la noticia del descubrimiento del nuevo. Este viejo pueblo de navegantes y emigrantes por todas las latitudes del planeta puede recordar que sus hombres han estado en el origen del parlamentarismo y de la gobernanza participativa en el mundo (el rey Alfonso IX de León y Galicia, que reunió en el siglo XII las primeras Cortes de que se tiene noticia, convocando a los representantes de las ciudades junto con los magnates y autoridades eclesiásticas, yace en la catedral de Santiago), del impulso de valores universales como los derechos humanos en Europa (Salvador de Madariaga fue clave para la existencia del Convenio Europeo para la protección de los Derechos Humanos y las Libertades Fundamentales firmado en Roma en 1950, de ámbito paneuropeo, y Álvaro Rodríguez Bereijo fue miembro de la Convención que redactó la Carta de Derechos Fundamentales de la UE) y que cuenta con emprendedores en primer línea internacional. Ahora tiene que proseguir su mejor tradición y ser un actor del nuevo debate social.

Existe un manantial inagotable de energía humana acumulada para el futuro, nuestra tarea es alumbrarlo y aprovecharlo. Los retos son mayores de lo que han sido nunca, también los recursos y las condiciones con que vamos a enfrentarlos. Las grandes obras no se hacen solo con cemento, hoy la tarea es organizar un espacio público global. Este es el desafío que tenemos por delante y en el que Galicia puede y debe participar.